

RELEYENDO A UNAMUNO

El fratricidio de Monegro

Aquella portada de "Abel Sánchez".

Si al famoso Noverjarque se le hubiera encargado la portada de una novela no hubiera hecho otra cosa que la que don Miguel tuvo la humorada de confeccionar para vestir las carnecitas de aquel su hijito literario.

En los escaparates de las librerías apareció por los años quince un dibujo que de lejos semejaba un cachivache raro: pecera de ámbar, terracota de Copenhague... luego que os acercabais rectificabais la percepción. No existía tal pecera. Lo que imaginasteis tal eran dos ojos malencarados en un rostro amarillo, tatuado en la frente y circuido por una culebra de chocolate modelo de las que pasan su letargo enroscadas en las cajas de mazapán. Dos brazos de palo apoyados en las sangrantes sienes, sostenían la carátula del extraño personaje, que, a juzgar por su color y su gesto, había debido apurar la hiel del mundo. Y todo él se asomaba con mirada de faquir sobre un paisaje diminuto, cántabro por su verdor, de Nacimiento por su estilo, donde yacían un edificio de cartulina blanca, seis arbolillos de musgo, un brocal humeante y una cruz...

No era esto todo. Arriba, en el ángulo de la izquierda iba por su cielo una luna peregrina, nunca vista. Ni de plata, como la que suele aparecerse a los poetas, tampoco de ancha faz bobalicona, musa graciosa de los sutiles ironistas; una luna esférica con traza de calabaza madura, rotulada en hebreo para mayor claridad.

Pues no era eso todo: en el ángulo de la derecha la fatigada pluma del dibujante había llorado tres lagrimones metafísicos con tan honda emoción como acontece en las planas de palotes.

De la mano de Dante y de Virgilio.

Acordaos de la selva oscura donde hallóse perdido el gran poeta de Florencia. Virgilio se le acerca. Viene en nombre de Beatriz para guiarle a los parajes habitados por las almas de los muertos. Titubea Dante lleno de espanto: pero el amor a Beatriz le vence. Y juntos descienden ambos, el florentino y el mantuano, al infierno, que es un inmenso embudo hincado en el centro de la Tierra.

Holgadamente lleva un mundo cada hombre en su entraña, porque la Tierra entera bien considerado no es más que esta pequeña porción de arcilla que compone cada figura humana. Y de esta suerte, para bajar a los infiernos, tanto da hundirse por el cono que los poetas de Italia imaginaron, como dejarse caer en la sima de un alma poseída.

Y esto fué lo que hizo el autor de *Abel Sánchez*. Y su novela —o nivola—, es simplemente el relato de una excursión sicológica buceando los fondos de Joaquín Monegro: buceando los fondos acres y amargos, y además, sobre todo, contemplando las tersas y azuladas superficies.

Del brazo de Virgilio corrió Dante el infierno y el purgatorio y vió las almas condenadas. Pero luego, llevado por Beatriz, admiró en el cielo la belleza suma de justos y bienaventurados. Espectáculo parecido presenciáis en este "raletó". Recordaréis cómo salen revolando en huida alborotada los pajarracos de los viejos torreones. Al volver estas páginas, con frecuencia aparece una tropa de demonios jadeantes, llevando a cuestras pesos enormes, los ojos cosidos con alambre, los torsos vistiendo cilicios. Tropa que huye cuando a nueva página el aire se agita movido por alas celestiales. Tufaradas sulfurosas, alientos puros, alas blancas y alas tenebrosas; sombra y luz, alternativamente.

El llanto de Caín

El protagonista del libro es Joaquín Monegro. Monegro es Caín. Caín es la Envidia, que según Quevedo está flaca porque muerde y no come. Pues hemos de declarar con la sinceridad indiscreta que tanto gusta al autor, que a tal Caín no lo hubiéramos reconocido. Porque Caín llora, frecuentemente, no lágrimas de cocodrilo, no salitrosos jugos, Caín Monegro llora sollozante, copioso llanto: Caín llora a veces con todo el alma y con todo el corazón.

Los que vais leyendo quizá no conocéis el prólogo que un tal Víctor Goti puso a la "nivola" *Niebla* y el posprólogo que Unamuno colocó de contera al escrito del prologuista. De otra suerte estaríais al tanto de la facultad sobrehumana con que decide sobre la vida y la muerte de sus personajes.

Nosotros vamos a decir una cosa atrevida, equivocada acaso: que este personaje se le ha escapado a su genial hacedor más humano de lo que fué concebido. Porque no es "el hombre de carne y hueso" *nullum hominem a me alienum puto*: más humano en la acepción vulgar de ternura sentimental. Pero las creaciones de Unamuno suelen ser de una extraña fisiología: entran en humanas a fuerza de pasión cordial, pero se escapan de la carne y el hueso por la angustia metafísica que las sublima. Demasiado peso para el corazón y demasiada presión para la frente...

Según avanzamos en la lectura nace en nosotros compasión y luego fraternal cariño por el desventurado personaje. Los diálogos con su hija

tienen sabor infantil, están calados de ternura y ansia de vida dulce, esparanzados de hallar el fin de aquella tortura, de aquel retorcimiento del alma.

—Hija mía, quédate a cuidarme, haz cuenta que soy un leproso, haré lo que mandes.

—Papaíto—exclamó su hija.

Y aquella voz fresca pareció volverle a la luz. Besó a la muchacha, rozándole el oído...

—Hija mía, reza por tu padre.

—Padre—gimió la muchacha. Ocultó él la cabeza en el hombro de la hija y rompió a llorar.

Estas humildades, estos llantos, estas ansias de ser bueno brotan en el protagonista como caños de inesperada y celeste luz.

A su mujer le pide:

—A ver si me sacas el demonio, Antonia; a ver si me lo sorbes.

—¿Para quedarme yo con él?

—A ti no puede hacerte daño. Se ahogaría en tu sangre como en agua bendita.

Todos necesitamos de alguien que nos rece, que nos haga llorar, que nos limpie sorbiéndonos lo malo que llevamos dentro. Alguien que sostenga en la lejanía nuestra voz, más clara y duradera, repetida, como un eco, en la cóncava montaña. Y son los hijos, los hijos... El "Castillo de Soledad amorosa" que Abelín y Joaquina convinieron edificar en el páramo de su lar seco es la fuente de sustancia imperecedera, no ficción de gloria, gloria misma. Eternidad es el Arte. Pero un hijo, origen de hijos, minuto de horas, es eternidad de eternidades.

Llora Caín, llora Monegro copiosamente todo el curso de su vida. Cuando muerto Abel en sus manos rompe a llorar, dícele al nietezuelo de ambos:

—Quería quitarme tu cariño, quería robarme a ti, único consuelo del pobre Caín.

Declaración del hambre de amor que le consume son estas palabras. Y en este punto cruzamos los brazos ante el pecho, caemos la cabeza y pensamos: sentir hambre de amor, llorar por hambre de amor, ¿es envidia? Un filósofo—Vives—admite lágrimas de envidia en las mujeres y los niños. La llamada por él cuarta clase de envidia tanto seca el cerebro que mal podría romper en llanto y cuajos. A lo más, como peñasco marino destilaría furtivas gotas ácidas y espumarajos salitrosos.

Nunca el dulce llanto varonil de Caín Monegro.

Dentro de unos días

En una esquina:

—Hombre, ¿qué le ha hecho a usted Unamuno?

En la de enfrente:

—Hombre, se ponen ustedes tontos ya con Unamuno.

El escritor:

—Señores, cuando ustedes quieran decir algo en pro o en contra de alguien, díganlo en buen hora. Pero tiren con su escopeta, no pongan bala a la de los demás... ni le mojen la pólvora tampoco. Por merced de Dios no somos partidarios del bombo o del palo. Seguimos a los hombres que creemos pueden enseñar algo, y este hecho ya es un disparo, o una salva. No es tan grave pecado decir con trémula voz: "Nos parece que...", ni contradicción seguir leyéndole...

(Saltando las portadas, naturalmente.)

AGACIR

Rafael Calvo, 4, 4.º, B
Madrid - 10